

Addenda I.

Que es preferible la noción de toxicomanía a la de adicción. La primera no sólo pone en un primer plano la noción de tóxico, tan central en nuestras consideraciones, sino que hace lo propio con la noción de "manía", con su amplia tradición mucho más bellamente clásica que psiquiátrica.

- *Pienso que ibas a decir la palabra justa: maniáticamente. Porque dijimos que el amor era como una locura, una manía, ¿o no?*

¿Vale recordar las palabras del *Banquete*? La locura se debe a un cambio que hace la divinidad en los usos establecidos.¹ En ella pueden distinguirse cuatro partes, griega y simétricamente dispuestas, en cuatro dioses diferentes. La primera de estas manías es la de la inspiración profética. Cuando la pitia habla en *Delfos*, entrega palabras que no le pertenecen ni comprende, es el dios que miméticamente habla en ella. Naturalmente se trata de *Apolo*. La segunda de estas locuras es la de los místicos. Cuando el coro canta y baila entre movimientos y ditirambos, el éxtasis que hace perder los límites se debe a la presencia y la música de *Dionisos*. La tercera es exquisita: la encontramos en las palabras bellamente aladas de la poesía y se la debemos a la inminencia de las *Musas*. La cuarta manía es quizá la más terrible, se enciende en los corazones de los hombres y es la que los lleva a las pasiones y a las guerras²; ya lo sabemos, se trata de *Afrodita* y *Eros*: se trata de la locura erótica.

- *¿Te estás riendo de nuestro discurso, Sócrates?*

La manía recupera entonces algo de la pasión, del amor y también del sexo. Por eso es infinitamente más rica y preferible, por sus luces y sus sombras. Nuestros pacientes evocan esta especie de *mimesis*. Como si pudieran ser habitados por algún otro poder que se debate erráticamente sobre ellos. Los griegos entendían que cuando un actor subía al escenario, cuando la pitonisa hablaba la lengua del dios, cuando el poeta relataba un combate singular y cuando el enamorado ardía en pasiones, se trataba de un poder misterioso que se adueñaba temporalmente de los hombres. La idea de *mimesis* armoniza en este conjunto de cosas en la medida en que implica el desalojo de lo propio y la posesión de una voluntad superior. Es el principio de individuación el que queda suspendido cuando de la manía se trata. Recordemos los principios que Nietzsche encuentra en su *Origen de la tragedia*.

*"Bien por la influencia del bebedizo narcótico, del que hablan en los himnos todos los hombres y pueblos primitivos, bien en el violento aproximarse de la primavera que impregna placenteramente toda la naturaleza, se despiertan esas emociones dionisiacas, que a medida que son más intensas, lo subjetivo desaparece en el olvido absoluto de sí mismo."*³

Ese *olvido absoluto de sí mismo* es la mejor definición de la manía, y del tóxico, también. Desde *Delfos* a los fármacos de última generación, es un mismo principio el que se pone en juego.

¹ Platón: *El simposio*, Universidad Autónoma de México, México, 1975.

² Hesíodo: *La teogonía*, Gredós, Madrid, 1980.

³ Friedrich Nietzsche: *Op. cit.*, pág. 64.

ellas. Cuando disponemos de palabras bellas, siempre es buena ocasión para servirnos de ellas.

Addenda II

Lo que sigue es un intento de caracterizar un problema. En este sentido, no se trata de una crítica de la frase de Lacan en sí misma, sino de la forma en la cual fue pasivamente recibida y repetida por muchos analistas. Es cierto que no se le puede exigir a nadie que esté inspirado todo el tiempo; tampoco a Lacan. Si además tenemos en cuenta que el maestro francés se refiere a las toxicomanías en muy pocas ocasiones (no más de cinco) en sus más de treinta años de enseñanza y, las veces que lo hace, no son más que frases sin argumentación anterior o posterior, el panorama es todavía más serio.

No siempre en psicoanálisis el principio de autoridad fue el principio de todos los principios. Lo que sigue es más bien un llamado de atención sobre la forma de argumentar en psicoanálisis.

La cita de la que aquí se trata es la siguiente:

*"Todo lo que permite escapar a ese casamiento es evidentemente bien recibido, de donde resulta el éxito de la droga, por ejemplo; no hay ninguna otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí."*⁴

Por principio sería conveniente no aceptar tan confiadamente las definiciones simples en psicoanálisis. Muchas veces se esmeran tanto en la reducción que oscurecen más de lo que aclaran. Es cierto que son las que más fácilmente se ofrecen a ser repetidas, es cierto que también son las que más fácilmente extravían.

Es un hecho conocido el que Lacan haya intentado acotar las proliferaciones de sentido que a su criterio enmalezaban el psicoanálisis de su época. Es necesario que en la nuestra, plagada de ecolalia, dogmatismo y pereza del pensamiento, consideremos si su estilo fue eficaz.

Un paciente consumía dos cartones de ácido lisérgico por día. Pero no como lo hubiera hecho algún cantante de la psicodelia de unos años atrás, para distorsionar y entornar las puertas de su percepción. Tampoco como un adolescente que intenta ponerle un poco más de adrenalina a su festejo navideño. Este paciente cortaba los cartones en tiras muy finas de tal manera que mantenía un estado de excitación parejamente continua. Cuando sentía que su escena apenas decaía, ingería nuevamente.

En su relato, se evidenciaba que el tóxico le permitía realizar las actividades de todos los días. Disponía de un empleo que implicaba cierto riesgo, salía con su novia a bailar ritmos latinos, divertía a sus amigos a diario y era decididamente minucioso a la hora de vestirse. En todos estos aspectos decía "sentirse de diez". La cuestión es que, después de dos años ininterrumpidos de consumo, comenzaba a tener ciertos tics nerviosos que no le sentaban nada bien.

Ya Jean Cocteau se ha quejado desesperadamente pidiéndoles a los médicos que, en lugar de emplear su arte y su tiempo en curar a los pacientes de su toxicomanía, ¡se encarguen de curar al tóxico de su toxicidad!⁵ La cuestión es que, al poco tiempo de que este paciente se lo propone, consigue dejar de ingerir cartones. Pero, paulatinamente, las escenas de su vida cotidiana comienzan a perder el brillo que las caracterizaba. No le encuentra atractivo a su novia, sus amigos no ríen y los ritmos latinos se vuelven una mala manera de pasar el tiempo.

⁴ Jaques Lacan: "Sesión de clausura", *Jornadas de estudio de los cartels de la Escuela Freudiana*, Ficha de circulación interna, Escuela Freudiana de Buenos Aires, pág. 10.

⁵ Jean Cocteau: *Opio. Diario de una desintoxicación*, Bruguera, Madrid, 1981.

Todavía más preocupado, me decía que le daba miedo ir a trabajar, que ya no podía tolerar los riesgos de su empleo, sus compañeros de trabajo no paraban de hacerle bromas al respecto y que ni ganas de perfumarse le habían quedado.

Salvo que encontremos una manera inconmensurablemente rebuscada de entender esa frase de Lacan (cosa que en nuestra época se encuentra siempre más o menos al alcance de cualquier analista), sólo nos resta aceptar que no es una buena definición de la droga en este caso.

En éste como en muchos otros casos, el tóxico es la condición para que el lazo social pueda ser sostenido. Sin el ácido lisérgico las cosas pierden su brillo. Lejos de romper aquel casamiento, el tóxico oficia de soldadura con lo fálico. Más aún, el tóxico pareciera evitar un verdadero divorcio.

El juez que necesita de algunas copas para dictar sentencia y el muchacho que recién en la tercera copa cobra el valor para acercarse a una mujer no son buenos ejemplos de romper el casamiento con la cultura. Más bien parecieran intentos de sostenerse en el orden fálico a falta de un anclaje más propicio. "*Sobrio no te puedo ni hablar*", dice aquella canción de los Redonditos de Ricota, y pareciera circunscribir lacónicamente aquello de lo que aquí se trata.

Lepoulichet es mucho más prudente en este punto. Se hace evidente que varios pacientes toxicómanos han pasado por su consultorio y que se pudo mantener lo suficientemente despierta como para alojar la experiencia de atenderlos. También es cierto que no se toma muy en serio esta frase, aunque tampoco la critica, algo que seguramente habría podido hacer desde su lectura de Derrida. Recordemos que, en su lectura del Fedro de Platón, Derrida encuentra que "el valor de la escritura -o del *fármakon* - es ciertamente dado al rey, pero es el rey quien le dará su valor".⁶ La dinámica del *fármakon* es ambigua como la del libro: escribir es peligroso, porque, aunque nos esforcemos en la tarea, nunca sabremos quien será el lector, ni conoceremos sus intenciones. El *fármakon* resulta un indecible y, como tal, sólo obtiene su determinación desde la intervención del Otro, nunca de sí mismo.

Freud, como hemos visto, conservaba el contrapunto entre el "matrimonio perfecto", una buena manera de plasmar el rompimiento con el orden fálico, y el "quitapenas", como aquello que se ofrece en la cultura para seguir dentro de ella. Desde la ambigüedad del tóxico, iniciada en Freud y desplegada más claramente por Lepoulichet, sencillamente convendría aseverar que existe *otra definición de la droga y es aquello que permite no divorciarse de la cosita de hacer pipí*.

Por esta razón, muchos de los autores⁷ que tomaron esta frase de Lacan perdieron de vista el carácter fundamentalmente ambiguo y les fue fácil extraviarse con todo un orden de casos. La pregunta por la función del tóxico queda obturada desde esa frase y es, posiblemente, una de las razones por las cuales no ha sido abordada claramente. De esta manera, se descuida una referencia de mucha importancia clínica. Muchas veces, al encontrar el punto en el cual el tóxico opera en el aparato, podemos tener, tempranamente, un panorama más claro de nuestras intervenciones. Y por supuesto que no es lo mismo que el tóxico rompa o asegure el casamiento del sujeto con la cultura: una u otra consideración nos dejan en lugares bien diferentes.

Del mismo modo, vislumbrar esta diferencia nos evita muchas veces equivocarnos respecto de la abstinencia. Muchos pacientes psicóticos, cuando dejan de consumir drogas, se

⁶ Jacques Derrida: *La Diseminación*, Editorial Espiral, Madrid 1975, pág. 111.

⁷ Me refiero en especial, pero no solamente, a una serie de trabajos publicados con el nombre de *Toxicomanías y alcoholismo*, Atuel, Buenos Aires, 1990, donde son abundantes los gestos de filiación doctrinaria y escasas las referencias clínicas.

exponen a un recrudecimiento de alucinaciones y delirios. Hace unos años, un paciente me decía que quería dejar de consumir cocaína pero no por completo. Me decía que cuando pasaba un tiempo prolongado en abstinencia lo venían a buscar los ángeles, que eran blancos, barbudos, de más de tres metros de altura y que no eran malos, pero, ¡prefería no verlos!

Del mismo modo, "marihuana medicinal"⁸ es una buena forma de definir que el tóxico conserva algo que de otra manera se desvirtúa. Nadie podría dudar de que si las producciones artísticas pierden su brillo y con ellas el paciente pierde este recurso, el lazo social se deteriora aún más. Nuevamente, el tóxico pareciera ser un intento de conservar el lazo con la cultura. Este uso del tóxico se aleja claramente de la definición de la droga que Lacan ha dejado para nosotros.

Frente a la pregunta de si es posible que la argumentación basada en una sola y única frase sea fuente de sordera y extravío, es necesario responder que sí, que es posible.

⁸ Benicio un amor perro, de Adriana Rocca*